

historia de la santidad comenzando al mismo tiempo que la historia del cristianismo, presentaba en su primera página prodigios de virtud.

Desde aquella hora famosa jamas ha perdido el cristianismo en el decurso de los siglos este carácter inimitable, y ha conservado este privilegio que Dios reservaba á la única religion verdadera, el privilegio de la santidad, demostracion imperecedera de la verdad. Tan convencida está de ello la Iglesia católica, que no tiene reparo en dar á quien la busca este signo de su divinidad; y al que no puede entender bien la demostracion que resulta de su unidad, de su catolicidad y de su apostolicidad, le queda esta demostracion para siempre popular: el poder indefectible de producir santos.

En efecto, ¿cuándo ha cesado el cristianismo de producir santos? Jamas. Seguid en sus dilatados siglos el desarrollo magnífico de la vida cristiana; y á través del tejido variado de su historia, en la que las corrupciones de la naturaleza se mezclan todavía á los prodigios de la gracia, siempre y en todas partes aparece la santidad como la atestacion permanente del elemento divino que vive en el cristianismo y se produce en su accion. ¡Ah! esta historia de la santidad cristiana sería una larga y prodigiosa historia, ni pienso yo hacérsola; solamente os digo para mostraros en el cristianismo la religion de los santos: Mirad el principio, mirad el medio, y mirad el fin.

Al principio ¿qué espectáculo encantador? Del seno de un mundo que se disolvía en podredumbre y perecia por falta de virtudes, se produce un movimiento, y aparece una regeneracion moral que no puede nombrar con exactitud sino llamándola una explosion de santidad. Imagináos una humanidad verdaderamente nueva, una casta de hombres sin antepasados ni predecesores, que se presenta de golpe coronada de todas las virtudes, elevadas á un grado que excede la medida de la virtud humana; hombres humildes, obedientes, castos, caritativos, mansos, pacientes, resignados, fuertes, valerosos, intrépidos, héroicos en fin en todas las virtudes como jamas los hubo sobre la tierra. Al hacer este cuadro del cristianismo primitivo que podría alguno creer una humanidad idealizada, he pintado rasgo por rasgo la humanidad cristiana. No demuestro en este momento todo lo que hay de divino en este fenómeno que nada humano explicará jamas, y solo hago constar un hecho contemporáneo del origen del cristianismo;

hecho que es una floracion súbita y espontánea de la santidad, es decir de la grandeza moral elevada á la mas alta potencia en generaciones enteras.

¿Diréis acaso que este hecho no es mas que el resultado natural de ese proselitismo ardiente que se encuentra en la cuna de las doctrinas, de las instituciones y de las religiones nacientes? Entónces os diré: Atravesad doce siglos, y os hallais en medio de nuestros siglos cristianos. Y ahora pregunto: en esta cima desde donde se descubren á la vez las dos pendientes de toda nuestra vida, en esta edad media por fin en la que algunos ciegos del siglo décimonono se obstinan todavía á no hallar mas que decadencia y barbarie, ¿ha perdido por ventura el cristianismo el poder de crear santos? En medio de tantas cosas mezcladas, de tantas razas confundidas ¿no echa mas sus raíces la santidad? y el cristianismo ya doce veces secular ¿ha perdido acaso la savia que hace germinar los santos?

No, aun en aquella época vive la raza de los santos y se multiplica en la Iglesia de Dios. Entónces, sobre las cumbres en que Dios se complace en elevar los santos ilustres para echar sobre los pueblos de mas alto y de mas léjos los mas espléndidos reflejos de la cara de su Cristo, se ven aparecer en la auréola de su santidad figuras de una grandeza asombrosa, y el mundo cristiano ve brillar en el cielo de la Iglesia católica mujeres como santa Isabel de Hungría y hombres como san Luis y santo Tomas de Aquino. Y al paso que estos y otros tantos con ellos hacen aparecer sobre las alturas del mundo el astro siempre brillante de nuestra santidad, millares de hombres y mujeres realizan en condiciones mas humildes una santidad no ménos sublime. ¡Ah! la razon es que en medio del caos aparente que parecia formar en aquella edad de gran fermentacion la mezcla de pueblos, de razas, de costumbres y de instituciones, el espíritu cristiano se cernía como el soplo de Dios el dia de la creacion; y de aquel vasto derramamiento de la vida cristiana en el seno de una sociedad cargada todavía de tantos elementos de corrupcion humana se habia hecho una nueva explosion de santidad, y el mundo católico veía otra vez levantarse sobre él la grande era de los santos.

¿Os queda aun alguna sombra de duda sobre la eficacia perseverante del cristianismo para producir la santidad? Entónces no teneis mas

que fijar la vista en esta fase de la historia cristiana que toca á nosotros y de la que nosotros formamos una parte. Abrazad con una misma mirada todo el siglo moderno del cristianismo, y decid si ha perdido nada de su fecundidad. Ese siglo de rompimientos profundos y sacudidas violentas que abrió en medio de tempestades esta edad nueva del cristianismo; ese siglo que vió salir de su seno, contra lo que se llamaba entónces la corrupcion católica, aquella protesta que conmovió al mundo religioso y preparó los trastornos políticos; el siglo décimosexto en fin ¿habia visto acaso morir en la Iglesia esta savia de Jesucristo que sola produce los santos?

El siglo de santa Teresa, de san Juan de la Cruz, de san Vicente de Paula, de san Francisco de Sales, de san Felipe Neri, de san Francisco Javier y de san Ignacio de Loyola ¿fué por ventura un siglo desprovisto de santos? ¡Ah! todos os respondeis: No, mil veces no. Tal es la voz constante de nuestra historia: discurridos quince siglos, la santidad cristiana ha florecido sobre este tronco viejo del catolicismo cuya savia rejuvenece con los siglos; y esta Iglesia católica, acusada en aquel tiempo por hijos rebelados de que no era mas que una Babilonia prostituida á todas sus corrupciones, ha mostrado á ese siglo corrompido su pureza virginal, y para confundir á sus detractores se ha adornado ella misma de una corona de santos.

Y aun hoy dia, en medio de este siglo cuyas llagas profundas y dolencias morales os he mostrádo, ¿creeis vosotros que debemos desesperar de la santidad cristiana? ¿creeis acaso que en estos dias malos no tenemos mas santos? ¡Santos! ¡ah! bendito sea Dios, yo los he encontrado en mi tiempo, y como en todas las edades de la Iglesia los he encontrado en todos los trajes, en todos los rangos, en todas las condiciones; y reconociendo en ellos hermanos heróicos, he dicho sonriéndome á mi madre la Iglesia católica: ¡Bendita seais, Madre mia, vos sois la religion de los santos!

Vosotros decis: «¿Dónde están los santos? jamas he encontrado ningun santo.» Será posible, y esta es la desdicha de vuestra vida. ¿Vosotros no habeis encontrado santos? ¿Por qué caminos los habeis buscado? Vosotros correis por los caminos que conducen á la gloria, por los caminos que conducen á la riqueza, por los caminos que conducen al placer, tal vez por los caminos que conducen á la disolucion:

¡y no habeis encontrado santos! ¡Ah! ya lo comprendo, la vida de los santos sigue otros senderos. Id por todos los caminos que conducen á la virtud, por todos los caminos que conducen al desprendimiento, á la abnegacion, al sacrificio; id en fin al camino de la cruz: allí encontraréis á los santos que siguen las pisadas del Crucificado y con él piden á su Calvario el progreso de la humanidad; allí encontraréis otra vez el cristianismo que hoy en dia es lo mismo que lo que fué en todos los tiempos y en todos los pueblos, la religion que hace los santos. Los santos se hallan en su cuna, los santos se hallan al medio de su vida secular, y hélos aquí delante de nosotros mostrando en la santidad contemporánea los frutos de su inagotable fecundidad; y atestiguando con la perpetuidad de este milagro siempre antiguo y siempre nuevo, que así como en el cristianismo la verdad es indefectible, así la santidad es inmortal.

Por lo tanto todo lo revela y lo proclama, *el cristianismo es la santidad*. Testigo el ideal que él persigue, testigo la necesidad invencible que lleva en el fondo de sus entrañas, testigo todas las grandes fases de su historia: *el cristianismo es la santidad*.

Así que, Señores, entre el cristianismo verdadero y el cristianismo falso es fácil el discernimiento. El cristianismo verdadero produce santos, el cristianismo falso no produce santos. Y ahora fijad la vista en derredor de vosotros: ¿dónde están las doctrinas, las enseñanzas, las instituciones, los hombres, los apostolados que producen santos? Qué santos producen vuestras filosofías? qué santos vuestras academias? qué santos vuestros ateneos? qué santos vuestros libros? qué santos vuestros periódicos? qué santos vuestros apostolados cuando no enarbolan la bandera de Jesucristo? ¡O bellos literatos! ó escritores disertos! ó adoradores de la razon! ó apóstoles del progreso! ó soldados de la idea! vosotros que os llamais cristianos y haceis la guerra al cristianismo que os ha bautizado, ¿dónde están los santos que habeis producido? dónde está el jóven á quien habeis hecho humilde? dónde el jóven á quien habeis hecho casto? dónde el jóven á quien habeis hecho santo? qué es ese cristianismo que nada produce de lo que en todos tiempos y lugares ha producido el cristianismo?

Hay todavía santos en nuestros dias: aquellos que desechan el orgullo del siglo, la codicia del siglo, el sensualismo del siglo; aquellos

que desprecian con un corazón elevado y huellan con un pié desdeñoso todos los ídolos del siglo. Estos santos ¿quién los produce? El cristianismo verdadero, el cristianismo de la Iglesia católica: no el cristianismo falso, el cual al mismo tiempo que conserva el nombre del Cristo, da la mano derecha á Mahoma y la izquierda á Zoroástrés; cristianismo adúltero, en el que Confucio y Bouddha tienen su rango jerárquico al lado de Jesucristo.

Es hora ya de que se haga el discernimiento entre este cristianismo verdadero y ese cristianismo falso; es hora ya de que se sepa donde están los verdaderos cristianos, que se los reconozca á esta señal, la *santidad*, y que del mismo modo que san Pablo decía á los primeros cristianos: A los santos que están en Corinto, á los santos que están en Roma, á los santos que están en Tesalónica, podamos nosotros decir también al enviaros la palabra de Jesucristo: A los santos que están en Francia, á los santos que están en París.

Rompamos con ese cristianismo blasfemo, en el que puede negarse la divinidad de Jesucristo sin apostatar de la religión de Jesucristo. Rompamos con ese cristianismo impuro, en el que pueden satisfacerse las pasiones sin renegar prácticamente de la moral de Jesucristo; yo iba á decir con ese cristianismo cruel, en el que puede uno meditar el asesinato de sus hermanos sin mentir á la fraternidad de Jesucristo. Rompamos por fin con ese cristianismo, en el que Jesucristo Dios-Hombre ya no es ni el ideal, ni la vida, ni la acción de los cristianos, y es por siempre impotente para producir con la santidad el verdadero progreso moral. Ha llegado la hora de escoger entre el cristianismo verdadero y ese cristianismo falso: escoged pues; el uno es la decadencia, el otro es el progreso.

CONFERENCIA SEGUNDA.

LOS SANTOS, HOMBRES DEL PROGRESO.

EMINENTÍSIMO SEÑOR,

El cristianismo verdadero tiene un carácter que le distingue, una señal que le hace reconocer en todos lugares: la santidad, el poder indefectible de producir santos. La santidad es el ideal del cristianismo; la santidad es la vida íntima del cristianismo; la santidad es el grande milagro de la historia del cristianismo. El ideal del cristianismo es Jesucristo Nuestro Señor, es decir, la santidad divina en persona que se ofrece á nuestras miradas bajo una forma humana, y grabando así en el alma del cristiano con su propia imagen la efigie de la santidad, la santidad misma. La vida íntima del cristianismo es también Jesucristo, pero Jesucristo viviendo en el cristiano, y por consiguiente la vida misma de Dios comunicada al hombre por el Hombre-Dios mediador.

Ahora bien, la necesidad íntima de esta vida divina constituida en nosotros por Jesucristo viviendo en nosotros, es todo lo que es perfecto como Dios, santo como Jesucristo; y de ahí nace en los verdaderos cristianos la necesidad de ser santos.

La historia del verdadero cristiano es todavía Jesucristo, pero Jesucristo dilatándose por los espacios y los siglos, y manifestando su vida por la acción de los cristianos.

Tal es el cristianismo: visto bajo todas sus grandes faces nos descubre el mismo carácter, la santidad, siempre la santidad. Pueden algunos cerrar los ojos por no ver este grande prodigio, como pueden cerrarlos por no ver el sol; pueden hacer tentativas para cubrir con un velo su esplendor; pero él permanece, y sigue cerniéndose por